

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, setiembre de 1953

Núm. 1015

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL CASTELLANO LEAL

ZENIA un lujoso aposento el Alcázar de Toledo, con sus paredes adornadas con ricos tapices flamencos, junto a una mesa cubierta de terciopelo rojo napolitano, con flecos y borlones de oro y en él se hallaba sentado en un magnífico sillón, en cuyo respaldo entre bordados arabescos ostentaba los timbres de España y el águila imperial, Carlos I de España y V de Alemania, con gallarda postura y aspecto tranquilo.

Bajo un tabardo tudesco, blanco con bordados de oro y orlado de rubias martas, deja ver un justillo de raso jalde cubierto con primorosos bordados y ricos sobrepuestos. La excelsa y noble insignia del Toisón de Oro pende de su cuello de una hermosa cadena. Sobre su cabeza lleva un birrete de velludo con un blanco airón, sujeto con un joyel de diamantes y un antiguo camafeo. Bajo él se ve su bien atusado cabello, rubio cual su barba y bigote. En su diestra apretados guantes de ámbar y un primoroso mosque-ro, mientras con la otra mano acaricia un corpulento mastín blanco de orejas rubias.

Hállase el soberano conversando con el Condestable de Castilla, Don Iñigo de Velasco, sobre los asuntos del reino, sin duda del trato que debe darle al rey Francisco I, prisionero en la batalla de Pavía, o de los asuntos de Alemania agitada por Lutero, cuando se oye un tropel de caballos llegar al Alcázar, que junto a él se paran y, a poco, abriéndose la mampara del aposento real, penetra soberbio y con mal contenida ira el duque de Borbón, el que por desavenencias con la reina madre de Francia pasó al servicio del soberano español, siendo su ayuda eficaz en la batalla de Pavía, donde derrotado Francisco I, fué apresado con gran descalabro para sus tropas y los nobles que le acompañaban.

Rojo de indignación el recién llegado, que a duras penas contiene su rabia en aras del respeto debido a la real presencia, acusa con balbuciente lengua y enconado acento al conde de Benavente, por ofensas inferidas y de-

manda de desagravio por pretendido atropello.

Ante los reproches que el francés hace al de Benavente por su conducta para con él, siente el condestable Don Iñigo latir su corazón de orgullo por la entereza y lealtad del castellano, cuya preclara nobleza y lealtad son honroso exponente de la hidalguía y grandeza del esclarecido español. Advertido del suceso, discreto, escucha las razones del Borbón y, aunque simula contrariedad, asoma a su rostro la aprobación y el contento, que el rey, en inteligente mirada, acepta orgulloso por tener tales vasallos que dignifican su reino.

Pero aunque mucho merece el de Benavente, mucho debe al Borbón y comprende que es forzoso satisfacerlo; en consecuencia, apacigua sus ojos prometiéndole un completo desagravio.

Seguidamente llama a un gentilhomme y con semblante severo, ante el de Borbón ordena llamar al conde de Benavente en seguida.

Muéstrase complacido el ofendido caballero y dando las gracias, respetuoso, al emperador, márchase altivo y resuelto.

Poco más tarde una litera llega a la puerta del Alcázar y ayudado por sus pajes desciende de ella el conde de Benavente. Es un viejo respetable de cuerpo enjuto y cara seca, unos ojos de fuego inspiran en su serio y noble semblante un profundo sentimiento de veneración y temor a un mismo tiempo.

Viste unas calzas púrpuras de Valencia y un recamado coletó a la leonesa. Los puños y la gorguera de fino lienzo de Galicia con randas barcelonesas, tocándose con un birrete de velludo con un cintillo de perlas y un gabán de paño verde con alamares de seda. Tan sólo en su persona prendas españolas ostenta y luce como única insignia la de Calatrava, pues el Toisón de Oro desprecia por ser orden extranjera.

Lentamente, pero con paso firme, sube las escaleras y al llegar a la antecámara, la guardia, dando con las

alabardas un golpe en tierra, anuncia su presencia, avisando que en el Alcázar entra un Grande de España, acreedor de honor y reverencia.

Inclínanse respetuosos los pajes, a la par que le abren las anchas puertas y sin que otro aviso proceda penetra en la regia cámara el conde, con paso firme y decidido.

Carlos I está pensativo, discutiendo la manera de solucionar aquel conflicto sin hacer ofensa a nadie. Mucho aprecia los servicios y ejemplar lealtad del de Benavente y mucho más de él espera; pero no puede olvidar los del Borbón.

El castellano se acerca y, grave, saluda doblando una rodilla en tierra; pero como Grande del reino, sin descubrir la cabeza. El monarca benigno y deferente, le ordena levantarse.

—Me habéis mandado llamar, Señor; y heme aquí, presto, en vuestra presencia.

—Conde de Benavente, mucho aprecio vuestra lealtad y mucho más admiro vuestra dignidad y vuestra nobleza. Vuestros servicios a España y a la realeza son cuantiosos e inapreciables y satisfechos estamos de tener vasallos, que como vos, son orgullo y preclaro ejemplo de grandeza; pero no podemos olvidar, aun contra nuestro sentir, los servicios que debemos a aquellos que nos prestaron el concurso de sus méritos y su cooperación.

—Sé, Señor, a lo que os referís y aun a riesgo de caer en vuestro desagrado, sabed que he obrado conforme a mi honor y a mi conciencia.

—Seguros estamos que como vos nadie obrara con más lealtad y más rectitud; mas los altos intereses de la patria exigen, a veces, el sacrificio de algunos sentimientos, sin que ello implique menoscabo de nuestro honor ni de nuestro patriotismo.

—Grandes son los amores que abriga mi corazón por España y mi rey. A ellos serví con ferviente anhelo y entereza; pero lo que me pedís, Señor, es superior a todo sacrificio de español y repugna a mi conciencia.

—Conde, me habéis creado un conflicto infligiendo al de Borbón una ofensa y es necesario repararla con presteza.

—Pedidme, Señor, lo que queráis: mi vida... mi hacienda...; pero no que cobije en mi casa a un traidor que vendió su honor, su patria y su rey.

—¡Condel...—exclamó Carlos I levantándose de su asiento.

—Soy vuestro más humilde vasallo. Mis palabras no significan ni desacato, ni pretenden ofensa, que bien sabe Dios cuánta es mi admiración por vos y cuán dispuesto estoy a daros mi sangre y mi existencia; mas ¿por qué he de ser yo a quien el duque de Borbón en mi casa atiende?

—Este es mi deseo conforme al que él me expuso.

—Y por qué, Señor, por qué?...

—Porque vos como ninguno reprobaseis su conducta y desea que brindándole vuestra hospitalidad, deis reparación a la ofensa.

—Mal reparación pretende quien reparar su honor no puede; mas si esta es vuestra voluntad no debo oponerme a ella. Que mi casa el Borbón ocupe, sus paredes contamine, sus blasones envilezca, que yo mientras tanto tengo en Toledo donde vivir sin que me vea obligado a rozarme con traidores cuyo solo aliento infesta.

—Esta es mi decisión y espero verme complacido. Es un servicio más que os pedimos a vuestra lealtad.

—Sea, ya que es vuestro mandato, que cuando deje mi casa el Borbón he de purificar con fuego sus paredes y sus puertas.

Y besando la mano del monarca con respeto alejóse con noble paso de su presencia. Quedó pensativo y admirado el rey de la entereza del venerable anciano y sintió en su pecho el orgullo de ser soberano de un reino que contaba con tales vasallos.

Pocos días estuvo el duque de Borbón en Toledo, ocupando del de Benavente su mansión, orgulloso y satisfecho de haber conseguido su intento, y la noche que abandonó el palacio con sus pajes y su séquito, turbó la apacible claridad de la luna un vapor blanco y espeso que saliendo de las altas techumbres se iba elevando al cielo, convirtiéndose a poco en grandes nubes de humo denso y negro, con inmensas llamaradas y terrible chisporroteo, y un resplandor siniestro se levantó imponente, convirtiéndose en voraz y grandioso incendio, iluminando los valles y reverberando en las aguas del Tajo sus pavorosos reflejos. A poco las altas torres se derrumbaron con estruendo, hundiéndose las techumbres y los muros del palacio con estrépito, cundiendo la alarma de uno al otro extremo de la ciudad.

Las campanas redoblaron conmoviendo a los sorprendidos habitantes, y presto, infinidad de ellos, acudieron al palacio de Benavente convertido en hoguera inmensa, levantando sobre sus ardientes escombros un monumento a la lealtad castellana.

El emperador, confuso y sorprendido, corrió a procurar remedio; mas todo fué inútil, pues la destrucción era tan poderosa que ya nada ni nadie podía contener el siniestro.

Aun hoy día unos viejos muros ennegrecidos por el humo y las llamas recuerdan tan grande acción en la fa-

mosa Toledo, cuna de héroes y nobles guerreros que con sus hazañas y ardiente celo dejaron eterna memoria de sacrificio y recuerdo imperecedero

Un crítico excepcional

Conocí a un señor pintoresco. En su juventud, el pobrecillo, las pasó muy mal porque eran muchos hermanos y el modestísimo sueldo del padre y los sacrificios de la madre no daban más que para un escaso plato de judías, al que se añadía, los domingos, un arroz blanco sin «tropezones».

Pero, caro lector, los tiempos cambiaron para el pobrete Marcelino. Se hizo amigo de un tipo desaprensivo cuya vista en los negocios era de lince, y, gracias a las lecciones de gramática parda que le dió, intensiva y desinteresadamente, Marcelino salió, en poco, tiempo, hecho un estraperlista consumado. La tiendecilla de tres al cuarto que abrió al público al principio, fué adquiriendo pocos meses el rango de una tienda magnífica. Aquello fué viento en popa y al año tuvo que reformar escaparates y mostradores y ampliar las obras de almacén.

Marcelino se hizo en tres años un richón, un millonario. Nuevo rico, dióle a Marcelino por las grandezas. Trás mucho rondar logró la mano de Margot Agridulce y se fué a vivir a un grandioso palacio, un alcázar regio que, como lo describía su amigo Luis de la Plaza, «tenía siete vestíbulos, siete comedores, siete baños, etc., porque a Marcelino le gustaba usar un ambiente distinto para cada día de la semana.

Llevado de su entusiasmo por las obras de arte, aunque no sabía distinguir mucho de matices, se dedicó a recorrer exposiciones de pintura y se conocía todas las casas de antigüedades. Y como no le daban prendas y tenía «monises» en abundancia, consagró sus entusiasmos y sus dineros a adquirir cuadros y más cuadros con que adornar los salones. Era una fiebre desconocida que le hacía coleccionar obras de arte de toda clase de pintores y escultores con el mismo ardor con que los chicos se afanan en coleccionar cromos. La residencia de Marcelino tenía aspecto de una grandiosa almoneda, donde se amontonaban cuadros clásicos y vanguardistas, óleos y acuarelas, aguafuertes, y caricaturas a plumilla... «De todo, de todo tengo abundantes ejemplares», repetía gozoso Marcelino, con la misma euforia con que el más poderoso ganadero pudiera presentar sus reses.

Pero entre todos los cuadros había un óleo que le tenía chiflado. Se lo habían ponderado mucho en el Rastro, y el bueno de Marcelino había pagado por él, sin intento alguno de regateo humillante, noventa mil pesetas.

Tan orgulloso sentíase Marcelino de aquella adquisición, que decidió celebrar una gran fiesta a fin de invitar a sus amistades y darles a conocer el cuadro.

—«Oh, Marcelinín—díjole Margot halagada con aquel proyecto—, cuánto me gustaría que asistiera a esta fiesta don Lu-

cindo, el gran crítico de arte, una de las figuras más preclaras que pisan los Museos pictóricos de nuestros antepasados!... ¿Por qué no le invitas?»

Agradóle a Marcelino la idea luminosa de su mujer y aquel mismo día fué a invitar personalmente a don Lucindo, pues le habían dicho que era más correcta la invitación personal, y, por otra parte, él no se fiaba mucho de su sintaxis, menos aún de su prosodia y muchísimo menos de su ortografía.

Y llegó el gran día. ¡Qué imponente era el aspecto del palacio! Aquello era tirar la casa por la ventana. Hubo un «lunch» espléndido, servido por uno de los mejores hoteles de la población, luego un concierto por varios artistas de fama, y al final...

—«Señoras y señores—dijo con tono afectado don Marcelino—; he tenido el inmenso placer de reunirles esta tarde en esta modesta casa, para enseñarles todos mis cuadros. Gracias a mi vista de lince y a la fortuna que disfruto, he podido adquirir el mejor cuadro que ha salido este siglo de manos de artistas afamados. Se trata del óleo titulado «¡Pescado fresco!», y su autor es Alborado Pinto Pintado, cuyo apellido ha quedado inmortalizado con esta obra genial...»

Y al terminar su presentación, la señora de la casa recorrió el lienzo que cubría el óleo, entre la espectación y el murmullo de los invitados.

Menudearon las exclamaciones y los comentarios.

Don Marcelino quiso aprovechar aquel momento de euforia para resaltar el valor del cuadro y darse importancia, con su amistad entrañable, con el gran crítico de arte.

—«¡Oh, cuánto le agradeceríamos, don Lucindo, ya que nos ha honrado esta tarde con su presencia, se dignara emitir su juicio sobre este cuadro. Su opinión, siempre acertada, sobre esta valiosísima obra, sería una orientación luminosa de arte para todo este prestigioso público.»

Don Lucindo, hombre correctísimo, de una inconfundible «pose», se dirigió solemnemente hacia el cuadro.

Hombres y damas callaron. En aquel silencio absoluto don Lucindo observó la tela minuciosamente. Luego retrocedió y la contempló de lejos. Se encaminó después a la derecha y posteriormente hacia la izquierda... Observó el óleo desde todos los rincones, pidió varias veces que le enfocasen la luz sobre distintas partes del lienzo. Fueron muchos los minutos empleados... El público callaba, temiendo distraer la atención del crítico excepcional. Por fin, y ante la ansiedad general, don Lucindo se acercó a Marcelino:

—¡Una gran adquisición amigo mío!

—¿De veras?—exclamó Marcelino ebrio de dicha—. ¿Así que el cuadro es de valor?...

—De verdad. No he querido dar mi opinión precipitadamente... Tenía al principio mis dudas. Pero ahora sí, lo he examinado bien. El cuadro vale. Los peces no son unas sardinas cualesquiera; son lenguados... ¡y hoy están a 20 pesetas kilo!

José Luis Peñuela

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Hablaba cierto día, Jesús de Nazaret a sus discípulos, sobre el pecado de escándalo, lleno de indignación contra quienes destruyen la inocencia e incitan a otros a pecado.

Contra los escandalosos, contra quienes dan lugar a que otros cometan ofensas contra Dios y sus mandamientos, lanzó las más graves amenazas.

... Si te escandaliza tu mano,—decía—cortátela; si tu pie, cortátelo también, si tu ojo te escandaliza, arráncatelo. Más vale entrar manco, cojo o ciego en el reino de los cielos, que con todos tus miembros en el infierno.

Y continuó diciendo: «El que escandalice a uno de estos pequeñuelos, que creen en mí le sería mejor que le atasen al cuello la rueda de molino que mueve el asno y lo hundiesen en lo profundo del mar...»

Hoy siento gran inquietud al comentar esta página evangélica. No sé si la pasión ofuscará excesivamente mi razón, y mis «consideraciones» van a ir demasiado lejos y mis palabras rebasarán la prudencia y la corrección que se merecen a quien van dirigidas. Quiero hablar a la mujer. Quiero decirle algo que me parece ignoran, o al menos no saben de toda su intensidad.

De la mujer han dicho los poetas muchas cosas. Las han rodeado de una aureola algo sobrenatural que embellece la vida del hombre en la tierra. El hombre mismo, en sus relaciones humanas con la mujer, ya desde la infancia femenina, ha agotado la belleza en sus diversas y variadas formas para ponerla como alfombra a su paso por la vida. Y la mujer, perdonen las mujeres, se han constituido en semi-dioses de este mundo en que vivimos.

Tal vez sea un gran acierto este encumbramiento humano de la mujer, para bien del hombre; pero la mujer quiere del hombre el homenaje constante y, aquí viene mi más dura crítica: busca ese homenaje por medios ilícitos, inconfesables, ignominiosos.

He de hacer constar que mis palabras van dirigidas a algunas mujeres, tal vez bastantes; pero hay muchas, muchísimas también, que no necesitan leer estas «consideraciones» porque para ellas no va mi censura, que no necesitan; pues saben muy bien de su misión en la vida del hombre.

Pero, las otras, las que buscan la llamada de atención del hombre, las que quieren distinguirse y dar lugar a que sean miradas, recurriendo a todos los medios a su alcance, provocando perversos pensamientos, deseos inconfesables, obligando en cuantos hombres se cruzan a su paso, a faltar mentalmente a los mandamientos de la ley de Dios, esas, provocan escándalo y para ellas iban dirigidas también las palabras de Jesús de Nazaret.

Tal vez inconscientemente, algunas, provoquen ese escándalo muy *inocentemente*. No se dan cuenta, pero deben darse si meditan sus actos previamente calculados en el tocador de casa, al hacer

su personal ornamentación. Esa ingenuidad es absurda y debe de dar lugar a un repaso de costumbres y a una mayor discreción en el vestir, a fin de evitar el pecado de escándalo que están provocando y del que son ellas responsables.

Grave responsabilidad la de la mujer que no viste con discreción.

Muchos, muchísimos pecados de los hombres son originados por la premeditada o *inocente* manera de presentarse las mujeres en la vida social.

Tal vez, ante Dios, habrán de responder de muchos pecados ajenos.

... «¡Ay de aquellos por quienes venga el escándalo!»—R.

A LA SANTINA

De Ignacio y Covadonga Caballero,
hoy acudo a los pies de la Santina.
Un soneto ofrecí y en disciplina
se lo debo ofrendar, Padre Cantero.

La Madre del Auseva a la que quiero
por Reina, por Señora, y por Madrina
siga en su afán a mi «alma peregrina»
y de gracias me dé rico venero.

Acudo, pues, a Vos, Virgen María
con la esperanza que la fé prolonga;
sed siempre mi favor, socorro y guía
y cuando el Cielo de mi ser disponga
que cubra los despojos aquel día
el manto maternal de Covadonga.

Carlos C. Jovellanos B. de Quirós
Caballero de San Ignacio y Covadonga

CONSEJOS

EL FUTBOL

No es necesario que yo se lo diga a ustedes; pero para que quede constancia en este periódico, es preciso que digamos, que la liga para la clasificación de los clubs de futbol, ha comenzado.

Este acontecimiento deportivo de todos los años, nos obliga a replegar asuntos de mayor importancia en nuestras conversaciones. Incluso hemos de resignarnos a que nuestros periódicos diarios nos dediquen la mayor parte de sus páginas a este apasionado deporte, en el cual la pasión, cosa paradójica, no está entre quienes juegan, sino entre quienes son sus espectadores.

Yo sé, por quienes siguen muy de cerca esta competición y que me rodean a diario, que dentro del mismo club hay jugadores que verían a veces con agrado que su club no ganase este o aquel partido, tal vez, porque en ese determinado partido, ellos, a pesar de ser de ese mismo equipo, no les autorizó el entrenador o seleccionador a jugar. Lo cual nos confirma que la pasión está en el público y no en ellos.

Ahora bien; recuerdo que se decía desde muy antiguo que la educación donde mejor se demuestra es en el juego. Siguiendo esta norma de convivencia social, en un campo de fútbol, el público es muy digno de ser observado, pues nos daría la medida de educación de nuestros amigos y conocidos de los que tenemos muy buena opinión de momento. Saben saludar correctamente, nos tratan con consideración, suelen dejar el asiento a las damas en el tranvía, y hasta disimulan distintos sentimientos en honor de la cortesía y educación esmerada. Pero la reválida de esa educación se logra en el campo de fútbol. Allí es posible que tengamos que repartir muchos suspensos y hasta algún sobresaliente y aprobado. No todos fracasan en ese examen final del grado educativo. Sin embargo, es muy lamentable que las malas notas abundan bastante. Yo he llevado algunos desengaños. Recuerdo que el pasado año acudí accidentalmente a un campo de deportes de poca categoría, pero fué lo suficiente para sorprenderme y verme obligado a repartir algunos suspensos entre personas que tenía calificadas para sobresaliente.

Lo mismo me confirman los buenos amigos y compañeros de profesión que frecuentan las competiciones deportivas de la liga.

A estos violentos apasionados del deporte les aconsejo recuerden que en ese espectáculo es donde se revalida su educación y que muchos ojos curiosos les contemplan. Y recuerden también que la buena fama, la correcta educación y los amables modales se adquieren con el tiempo; pero la mala fama se destruye en un minuto de absurdo apasionamiento.

Si no puedes dominarte y frenar tus ímpetus deportivos, no te expongas a perder la consideración en que te tienen, pues el riesgo también es a veces un deporte... pero no para todos.

J. M.

CURSILLO de CONTABILIDAD PRACTICA

Profesor: **Juan Manuel Ortea**

(Abogado y Apoderado de Banca)

Duración del cursillo: CINCO MESES - Horas de clase: Desde las 7 de la tarde
Comienza dicho cursillo: el día 15 de octubre próximo

Domicilio: Muralla, 7-1.º

GIJON

Teléfono 3988

Comentando

Los nuevos poetas

Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía. Esto lo dijo Becquer y es verdad, pero en estos tiempos hay poetas. Versificadores, muchos. Chiflados, más; poetas, pocos, pero los hay. Y entre la juventud que empieza a salirse un poco de su falta de personalidad y experiencia, los hay con vena poética, con espíritu selecto y con dotes más que suficientes para poder invocar a las Musas sin miedo a que éstas que son bastante caprichosas, se niegan a acudir a su llamada.

Estos días estuve observando a algunos jóvenes con atisbos de poeta. Los vi de cerca y los estudié un poco. Tienen lo que en el argot de tertulia cafeteril se llama «cantera». Pero tiénense miedo así mismo. Creen que ellos son el coco, o créense que son demasiado malos. Y no es pobreza de espíritu. Es solamente desconfianza en sí mismos. Se encuentran demasiado jóvenes para poder valer algo, y desconfían de sus escritos. Y lo que en realidad les falta es osadía, independencia y estudio.

Sienten la intuición de la poesía, pero no se atreven a comprenderla. Unos son clasicistas y otros no. Pero (se trata de los que yo he estudiado): todos ellos escriben en castellano. No hay que traducirlos. Y saben como todos, aunque no haya la valentía suficiente para confesarlo, que si una poesía castellana, para comprenderla, hay que traducirla al castellano, ni es poesía, ni es arte, ni es más que una imbecilidad, aunque la haya escrito, para presumir de conceptuoso o de superdotado, el más alto de los de la Real de la Lengua. Estas

obras, aplaudidas por corifeos pagados, por estómagos agradecidos, por incultos, por incapaces de hacer nada mejor o por cobardes que se quieren hacer pasar por inteligentes, en el ánimo de sus mismos defensores, son malas. Y se deben de retirar de la circulación y evitar que el mal gusto cunda entre la gente sencilla, y al menos, entre los que con buena intención quieren empezar a vivir esta vida espiritual del arte por excelencia, que es el de la poesía.

A estos chicos les falta leer mucho y seleccionado. Después, practicar mucho y hacer gimnasia de imaginación. Y después estudiar el léxico castellano y dominar el idioma y sus giros. Y después, leer mucho, mucho y mucho, otra vez y otra vez.

En estas condiciones ya podrán escribir con soltura y gallardía. Aunque si son como ahora, francos, seguirán diciendo que lo de los demás les gusta más que lo propio. Esto a todos nos pasa, y si hay alguno que diga lo contrario, o es un fatuo o miente. Uno se puede encariñar con sus obras y reconocer que son perfectas, pero siempre, al leerlas, tiene que tener en su memoria toda la gama de vicisitudes por las que ha pasado su gestación, y esto siempre resta valor a la obra acabada. En cambio en las obras de los demás, no ve nada más que la obra perfilada y totalmente acabada, sin distinguir los tropiezos o dificultades que encontró su autor para llevarla a feliz término.

Convencidos de esto, se llega a perder el miedo, a tener el aplomo suficiente para lanzarse con sus poesías al aire, y ponerlas junto a las de los demás. Y unas serán mejores que las de otros, y otras no. Esto es lo que creo firmemente que necesita esta juventud, que lucha por salir de

su falta de personalidad poética, y por eso no me canso de decirles, como única lección, ya que la técnica la comprenden, que lean mucho y que escojan bien lo que leen.

Y que escriban en castellano.

Hero

Planchas ACANALADAS
de CUBRICION
Almacenes ARBUES
Covadonga, 27 - Teléf. 1817
GIJON

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina
Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

César A. Prieto
PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas onduladas
Tubos, Depósitos, etc.

Covadonga, 27 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)